

## CAPITULO XVIII.

## Las tempestades.

**C**OLON que aguardó algunos días en la bahía de Samaná á que hiciera buen tiempo para ponerse en camino, el 16 de Enero, aprovechando un viento favorable, se dió á la vela dando á la bahía, por la lucha que habia tenido lugar con los isleños, el nombre de golfo de las Flechas.

Dirigióse el almirante hácia el Nordeste deseoso de hallar la isla de los caribes y la de las mujeres solas, para llevar consigo algunos de los habitantes de ellas y presentarlos á los reyes.

Pero los indios que llevaba en su compañía, despues de haber andado algun trecho, le señalaron el Suroeste, que era efectivamente donde estaba Puerto-Rico, isla en la que los indios suponian la existencia de los caribes.

Pero se levantó de pronto una brisa favorable para España; los marineros que no se habian quedado en Haiti deseaban á toda costa llegar á su patria. Pinzon aprovechaba todas las ocasiones de desprestigiarle, y tanto por esto como porque la carabela era de poca consistencia y podia destruir el menor contratiempo todas sus esperanzas, resolvió caminar directamente hácia España, con lo cual reconquistó todo el ascendiente que empezaba á perder entre los suyos.

No tardó aquella brisa en calmarse, y el viaje era más lento de lo que todos querian.

Tambien era causa de su lentitud el deterioro que habia sufrido la *Pinta*, cuyo palo trinquete estaba inutilizado.

A principios de Febrero, despues de haber dejado atrás la parte del Océano en donde habian sido molestados por los vientos fijos, pudieron tomar rumbo hácia España.

Colon ansiaba por momentos su llegada á España, porque no dudaba de que los soberanos se entusiasmarian con su triunfo y rendirian á su génio el debido homenaje.

Una de las cosas que más le halagaban, era que Pinzon no hubiera podido realizar su deseo de arrebatarle la gloria.

Pero por la misma razon de que deseaba llegar, de que le sonreia la idea del triunfo, temia á cada instante caer en alguno de los muchos peligros que le rodeaban y hallar en el fondo del abismo un sepulcro oscuro que dejase ignorado su gran descubrimiento.

El dia 12 de Enero comenzó á formarse la tempestad sobre su cabeza.

Al dia siguiente estalló de una manera amenazadora.

Las dos carabelas apenas podian resistir los embates de las olas.

La noche del 13 la pasaron á palo seco á merced de los vientos, y al rayar el alba del 14 se calmó un tanto el temporal.

Pero no tardó en aumentar el furor, y la consternacion se apoderó de todos los navegantes.

¡Momentos horribos!

Todas cuantas medidas queria tomar Colon para ponerse á salvo eran inútiles.

La *Pinta* desapareció entre las tinieblas de la noche.

El almirante se mantuvo cuanto le fué posible al Noreste, para acercarse á la costa de España.

Por de pronto la desaparicion de la *Pinta* le atormentaba. Mandó poner luces en el palo mayor de la *Niña*, y esperó con ansia á ver si la *Pinta* repetía aquella señal.

Al cabo de algun tiempo divisó á lo léjos aquella deseada señal.

Vió luces que corrian de un lado á otro con impetuosa velocidad, y que al cabo de algun tiempo desaparecieron por completo.

El desfallecimiento, el terror de los marineros de la *Niña* llegó al último límite.

Al aparecer la luz del dia siguiente, el mar era un pavoroso desierto.

En vano buscó la *Pinta* en torno suyo.

Por ninguna parte parecia.

Aquel dia de zozobra y de luto fué al mismo tiempo una série de continuos peligros para los tripulantes de la *Niña*.

¡Qué espectáculo el que presentaban aquellos hombres!

Arrodillados unas veces, imploraban la misericordia divina; otras, en el colmo de la desesperacion, prorumpian en terribles imprecaciones, y al fin caian desfallecidos sobre cubierta, aguardando de un momento á otro que una ola les arrastrase para siempre al fondo del abismo.

El sentimiento religioso les dominó.

De hinojos todos hicieron un solemne voto.

La ceremonia fué demasiado original para que no la describa detalladamente.

Dispuso Colon que se tomasen tantas habas secas como personas habia á bordo.

En una de ellas mandó hacer una cruz, y reuniéndolas todas en una escarcela, acordaron que el que sacase la haba con la cruz fuese en peregrinacion á la capilla de Santa María de Guadalupe, llevando una vela de cera de cinco libras.

Colon fué el primero que metió la mano en la escarcela y á él le cupo la suerte.

Asimismo se echó otra suerte para una peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto, y le cayó á un marinero llamado Pedro de Villa, á quien prometió Colon pagar los gastos del viaje.

Asimismo se echó otra suerte para ir en peregrinacion á Santa Clara de Moguer, donde debia celebrarse una misa solemne, y tambien fué Colon el que obtuvo el haba con la cruz.

Pero la tempestad arreciaba y todos los tripulantes hicieron unidos voto solemne de que si llegaban á tierra, no bien desembarcasen irian en procesion con los piés descalzos á dar gracias á la Virgen en la primera iglesia que encontrasen dedicada á su culto. Ademas de estos votos públicos, por decirlo así, cada cual hizo los suyos particularmente.

El peligro, sin embargo, no se desvanecia.

La tormenta arreciaba cada vez más, y todos los tripulantes se creian perdidos.

La falta del lastre aumentaba la probabilidad de su perdicion, razon por la cual dispuso Colon que todas las botijas y vasijas que habia á bordo se llenasen con agua del mar.

Una de las cosas que más le apuraba era la desaparicion de la *Pinta*.

¿Habria perecido aquel buque?

¿Su separacion de la *Niña* seria una nueva desercion de su capitán?

Esta duda mortificaba su abatido espíritu.

Pero para comprender la situacion de su ánimo, para ver brillar en su esforzado corazon un rayo de fe á pesar de estar rodeado de tan inmensos peligros, recorran nuestros lectores la epístola que poco despues escribió á los reyes, porque en

ella están condensados todos sus sentimientos, todos sus temores, todas sus esperanzas.

«Hubiera llevado mi mala fortuna con más conformidad si solo mi persona hubiese estado en peligro, así porque soy deudor de la vida al Sumo Criador, como porque otras veces me he hallado tan vecino á la muerte que el menor paso era el último que bastaba para padecerla; pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afan era considerar que, así como Nuestro Señor fué servido de iluminarme con la fe y la certidumbre de esta empresa, en que ya habia conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habian de quedar convencidos y Vuestras Altezas servidos de mí, con gloria y aumento de su alto Estado, quisiese su Divina Majestad estorbarlo todo con mi muerte; y sería más tolerable cuando no fuese acompañada de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual viéndose en tanta afliccion, no solo maldecia su venida, sino es el miedo ó el freno que les pusieron mis palabras para no volver atrás, como estuvieron resueltas á hacerlo muchas veces; y sobre todo esto me doblaba el dolor de la representacion de mis dos hijos que habia dejado en Córdoba, en el estudio, destituidos de todo socorro en tierra extraña, sin haber sabido que hubiese hecho servicio por el cual creyese que Vuestras Altezas tuviesen memoria de ellos; y aunque por una parte me confortaba la fe que tenia de que Nuestro Señor no permitiría que una cosa de tanta exaltacion de su Iglesia, que con tantas contradicciones y trabajos habia yo perfeccionado, quedase imperfecta y yo perdido; por otra parte consideraba mis pecados, por los cuales querría privarme de la gloria que conseguiría en este mundo.»

La frágil embarcacion zozobraba cada vez más á merced de las revueltas olas.

En aquella situacion, para que no quedase completamente desconocida la noticia del descubrimiento que acababa de hacer, trazó en un pergamino en breves líneas las impresiones de su viaje; declaró haber tomado posesion de las tierras que habia hallado en nombre de los reyes, lo arrolló y selló, escribió en él una súplica al que lo encontrase que lo pusiera en manos de los reyes de Castilla y de Aragon, asegurando que los monarcas darian al que les entregase aquel pergamino, sin abrirlo, mil ducados.

Lo envolvió en hule, lo colocó dentro de una masa de cera, lo encerró despues en un barril vacío bien calafateado y lo arrojó al mar, contestando en estos términos á las preguntas que le dirigian los de la tripulacion:

—Con esto no hago más que cumplir un voto.

Antes habia sacado una copia de su escrito, y en otro barril de la misma manera lo colocó sobre cubierta para que, si se perdía la carabela, quedase el barril á flor de agua.

No satisfecho aún, arrojó al mar en la cáscara de un coco herméticamente cerrado otro pergamino con breves líneas, que durante tres siglos y medio permaneció en el mar.

Un marinero de un navío europeo en la costa de Africa, enfrente de Gibraltar, recogió hace pocos años un coco petrificado, y lo llevó á su capitan como cosa curiosa.

El capitan rompió la cáscara para ver si habia resistido la accion del tiempo el coco, y encontró un pergamino en el cual, en caracteres góticos, habia trazadas estas palabras:

«No podemos resistir un dia más á la tempestad. Nos hallamos entre España y las islas descubiertas en Oriente.

CRISTÓBAL COLON.»

El Océano guardó trescientos cincuenta y ocho años este mensaje, y no lo ha enviado á los europeos hasta ver á la

Tomo II. —20

América floreciente y libre rivalizando con el viejo continente.

¡Caprichos de la suerte, que enseñan á los hombres lo que hubiera podido permanecer oculto tantos siglos si la Providencia no hubiera impedido á las olas que abriesen la tumba de Colon en aquellos momentos!

El primer barril no ha sido aún encontrado.

A la tempestad siguieron grandes aguaceros, y un dia al ponerse el sol descubrieron hacia el Occidente una banda de cielo despejado.

La esperanza renació en su alma.

El viento no tardó en dirigirlos hacia allí, y al romper el dia 15, Rui García, uno de los marineros, exclamó:

—¡Tierra! ¡tierra!

La alegría de los navegantes al acercarse al viejo mundo fué mayor si cabe que la que experimentaron al descubrir por la primera vez las fértiles llanuras de la América.

La carabela *Niña* estaba un paso de la isla portuguesa de Santa María, una de las Azores.

La tarde del 17 de Febrero se acercaron por fin y lograron anclar; pero el cable no pudo resistir el impulso de las olas, y tuvieron que salir á alta mar, donde, combatidos por la tempestad, tuvieron que permanecer hasta la mañana siguiente.

Una enfermedad cuyos primeros síntomas habian molestado á Colon durante su primer viaje, se agravó en él.

Era la gota.

Pero á pesar de su dolencia no quiso abandonar su puesto un solo instante.

Al fin pudo enviar un bote á la isla, y los marineros y el piloto que fueron en él no tardaron en hallarse entre portugueses, los cuales estaban asombrados de que un barco como

la *Niña* hubiera podido salvarse de la tormenta que con tanta furia habia azotado el mar durante quince dias.

Su asombro se convirtió en curiosidad cuando supieron que aquella endeble carabela llegaba de extraños y remotos países.

Durante toda la noche no se habló en Santa María más que de la llegada de los viajeros, y cuando Juan de Castañeda, gobernador de la isla, supo que era Colón quien mandaba la expedición, recordando que habia sido antiguo conocido suyo, mandó á uno de sus emisarios para que le felicitase por su bienvenida, y le participase que al dia siguiente iria á saludarle.

Regresaron los marineros á bordo de la *Niña*, y despues de buscar un paraje seguro y abrigado, se entregaron tranquilamente al sueño, departiendo antes con la mayor alegría.

Todos querian ir á tierra porque tenian noticia de lo agasajados que habian estado sus compañeros la tarde anterior, y pasado el peligro ninguno se acordaba ya de los votos que habia hecho.

—¿Tan pronto habeis olvidado, exclamó el almirante, la promesa que hicimos en el momento del peligro? ¿No os acordais que prometimos, apenas encontrásemos tierra, ir en procesion al templo donde se rindiese culto á la Virgen María?

—Sí, sí, exclamaron todos, guiadnos vos: todos os seguiremos.

En la playa, y á poca distancia del mar, se levantaba una ermita dedicada á la Virgen.

Colon envió á la mitad de los marineros á que fuesen á cumplir su voto, y él se quedó con los restantes en el buque esperando á que volvieran para ir á su vez con ellos á la capilla.

¡Cuán ajeno estaba en aquellos momentos en que elevaba al cielo su ferviente plegaria de lo que iba á pasarle!

Antes de referirlo veamos lo que habia ocurrido en la isla y cuál era la actitud del gobierno portugués y sus pensamientos respecto de Colon.

## CAPITULO XIX.

### Las armas de la envidia.



El rey don Juan II no podia olvidar el desaire que Colon le habia hecho al brindarle su proteccion por medio de su emisario.

El amparo que le habian dispensado los Reyes Católicos habia despertado en él unos celos implacables, y ya vimos que al principio de su viaje tres carabelas acechaban la llegada de las del almirante para luchar con ellas y destruir-las si era posible.

El rey de Portugal, que comprendia la inmensa gloria que alcanzarian los Reyes Católicos si el proyecto de Colon obtenia un éxito favorable, seguia con el pensamiento á aquel audaz marino, y su desesperacion fué inmensa desde el momento en que el Océano se interpuso entre sus miradas y las carabelas que navegaban hácia el Nuevo-Mundo.

Los amigos de Colon ponderaban su génio, su sabiduría, y de un momento á otro se aguardaba su llegada con la noticia del triunfo.

La ira de don Juan II habia llegado al colmo.

—No hay duda, se habia dicho, para volver tiene que tocar en alguna isla portuguesa.

Una idea siniestra cruzó por su imaginacion.

Debo, ya que no puedo seguirle, acechar su vuelta.

Y al efecto envió emisarios secretos á los comandantes de